

TRANSGREDIENDO FRONTERAS

FLORMAYORAL

Transgrediendo Fronteras

Las historias ocurren en ocasiones más pendientes del azar que de la racionalidad y la cronología de un acontecimiento que sucede en un tiempo específico. Sin embargo, siento que muy pocas cosas de las que hacemos pueden eximirse del espíritu de una época. Esta es la energía que sigue la muestra titulada Transgrediendo Fronteras de la artista cubano-americana Flor Mayoral, quien pone a dialogar desde la subjetividad del ojo fotográfico, sendas obras de grandes arquitectos de origen cubano. Me refiero al Miami Marine Stadium, 1963 de Hilario Candela ubicado en Key Biscayne en Miami y el estadio del Parque Deportivo José Martí, 1960, situado en la zona del Vedado de La Habana, frente al malecón habanero y proyectado por Octavio Buigas.

Ambos complejos arquitectónicos emergen en un ambiente en el que la arquitectura modernista a nivel internacional está llevando sus formas a una radicalidad sin precedencia. Como antecedentes pueden estar las estructuras en formas de cáscaras ya utilizadas por Max Borges Recio en el Cabaret Tropicana en 1951. Las piezas de Hilario Candela y Octavio Buigas conviven en el tiempo con obras de gran alcance como La Estación de la Terminal TWA en el aeropuerto internacional de Idlewild, Nueva York 1956-1962 perteneciente a Eero Saarinen, El Pequeño Palacio de Deportes de Roma 1958-1959 realizado por Pier Luigi Nervi y Annibale Vitellozzi, El Palacio de Congresos de Bremen, Alemania de Roland Rainer o la Capilla de San Vicente en Coyoacán, México, 1959 hecha por Félix Candela y Enrique de la Mora; esta última construcción se destaca por la organicidad que aporta al conjunto religioso el paraboloides hiperbólico.

Cuando se revisan las enciclopedias de la arquitectura mundial, los arquitectos cubanos y latinoamericanos no son los más favorecidos. Resulta difícil que se reconozca la labor fundacional de obras como la de Hilario Candela y Octavio Buigas en medio de lo que estaba ocurriendo en esta disciplina. El sentido orgánico con que trabajaron estos creadores, el modo en que asumieron la relación con el entorno, el ritmo de las formas, el juego con la naturaleza y la manera de moverse entre lo racional y lo barroco; hacen de estas piezas verdaderas esculturas que envuelven en actitud solapada los destinos de la función. Esa ha sido la mayor motivación de la artista Flor Mayoral para poder entrar en la piel de estos edificios.

Cuando se pensó en esta muestra todavía no se había anunciado el inicio de las negociaciones para la normalización de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. La Habana y Miami eran dos ciudades cercanas en los órdenes afectivos y geográficos pero distantes políticamente: el arte siempre se anticipa a la diplomacia para entrar en los propios intersticios que ofrece la vida a partir de lo simbólico.

El Parque Deportivo José Martí fue un sitio de entrenamiento para muchos atletas de diferentes especialidades, luego glorias del deporte cubano post 1959 y en el Miami Marine Stadium se desarrollaron espectáculos náuticos, conciertos memorables de artistas como Ray Charles, Jimmy Buffet, Dave Brubeck, Los Beach Boys y Gloria Estefan. A esto se sumó también la presentación de mítines políticos y la ejecución de importantes ceremonias de carácter religioso.

Sin embargo, lo casual hizo que estas dos edificaciones corrieran un destino parecido y fueran abandonadas de su función original para quedar en el olvido y el ostracismo, pero con la libertad y el morbo que genera entrar en lo marginal y prohibido de cualquier ruina; yendo desde intervenciones artísticas promovidas por los grafiteros con un abordaje incipiente en La Habana y con un despliegue impresionante en Miami. A ello se unen las intervenciones puntuales de los sketch, las parejas ansiosas por hacer el amor o algún que otro homeless que busca un lugar tranquilo para dormir.

Aquí radican los hallazgos del lente de Flor Mayoral. Su deseo es escrudiñar en la carne de cada espacio, su obsesión es hacer evidente lo que no observamos fácilmente. En cada una de las fotografías sentimos el presente; la ausencia es perceptible a partir de lo que se nos muestra en forma de tatuaje, de aquello que debemos imaginarnos. El horizonte es corregido en el detalle porque para Flor es imprescindible diferenciar la relación que puede haber entre el ver y el mirar y entender las gradaciones de luz, difíciles de domesticar tanto en Cuba como en Miami. La museografía de la exposición lleva en sí misma diferentes contrapuntos donde se transita a partir de la deformación o la transparencia de las escalas. Cada aspecto estructural se inscribe en un entorno natural que lo independiza del conjunto para incorporar una conversación más humana. Lo controversial es también un giro de observación con toda la riqueza semántica que puede aportar el arte.

No es casual que en las dos paredes enfrentadas por los mejores puntos focales de la sala se encuentran las imágenes que centran el recorrido de la exhibición. Como narración del Miami Stadium aparece un buitre posado que corta el plano, entre el espejismo de un concreto voladizo que separa transversalmente un cielo sobresaturado por la luz y que realza la estridencia del azul. No sabemos por qué el ave se encuentra allí, ni cuál es la posición de su posible presa. La contención de su figura es lo que nos hace sentir el misterio de la futura acción. Flanqueando el otro extremo de la sala asoma una de las instantáneas hechas en Cuba. Un perro callejero observa un texto que dice Cuba Libre entre la imagen de dos caras hechas por grafiteros. En esta foto el azar va tejiendo los fragmentos y la frase hecha a partir de la épica de su significado adquiere otros niveles de lectura en una atmósfera de sordidez y deterioro.

De las obras pertenecientes al Parque Deportivo José Martí aparece *La Siesta*, enunciado que parodia la obra emblemática de Miguel Collazo, solo que la escena bucólica y costumbrista del maestro de la pintura cubana es revertida por el ambiente de dejadez de una instalación que podemos perder frente al abandono corporal de la persona que duerme, sin saber que está siendo captada con toda la agudeza que genera una composición como esa. Esta pieza contrasta con el expresionismo desmedido de un ojo pintado en uno de los laterales del Miami Marine Stadium que queda como testigo excepcional de la desidia y de la destrucción. Alguien nos alerta y no sabemos quién. En la puesta en escena de esta imagen el enfoque general se subordina al despliegue cromático de la pintura para entrar en un tránsito que parece más virtual que real y que genera incertidumbre en el despliegue físico espacial.

Cada una de las obras de Flor Mayoral nos abre la posibilidad de aprehender la fuerza de estos sitios por datos aislados que son parte de una narración que nos acerca a lo más visceral que está en ellos, con el sentimiento que pasamos de prisa sin sentirlos a plenitud. Es como si necesitáramos unas gafas para ver una proyección 3d, que no es técnica sino más bien humana. Emanan un S.O.S para salvar una arquitectura que puede morir, pero que aun no pierde su vigor desde el encanto de una supuesta ruina. Flor entra y sale de un tejido que vive como un virus en su ojo y en su pasión. En esos confines están también el tiempo de Hilario Candela y Octavio Buigas.

Jorge Fernández Torres
Curador y Crítico de Arte



Fototeca de Cuba

RECEPCIÓN: 18 DE SEPTIEMBRE A LAS 16:000 HS.

Exhibición hasta el 19 de Octubre, 2015 | Calle Mercaderes No. 307 Habana Vieja, Cuba



Cuba Libre, 2015





Estadio y Nube, 2015



Frente al Malecón, 2015



La Siesta, 2015

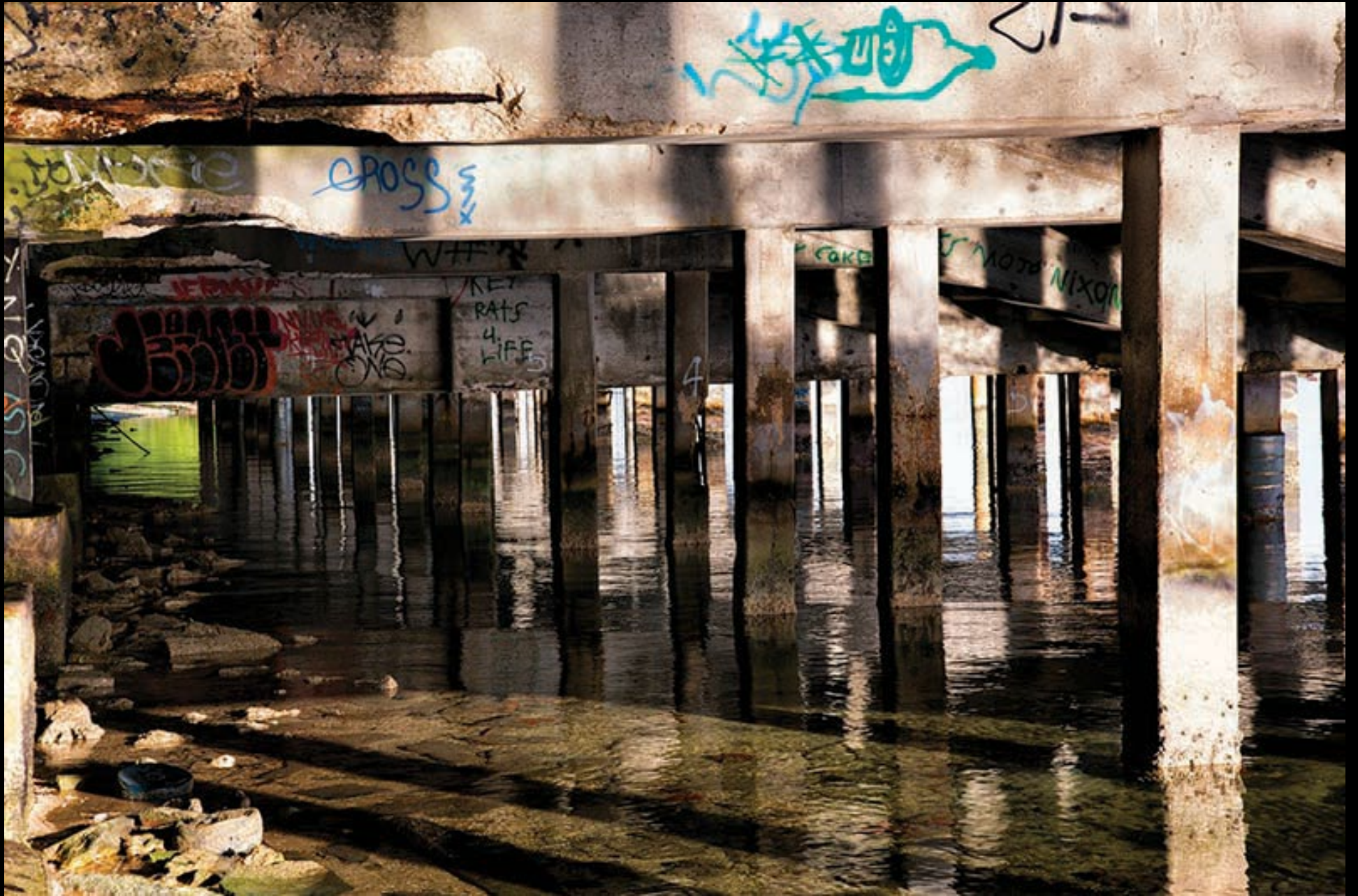


Vigilia, 2014





El Beso, 2015



Key Rats 4 Life, 2014



Cascarón, 2015



Abanico, 2015



Let the Games Begin, 2014